

Tumores y mariposas

El verano pasado Papá descubre que es cáncer de tiroides y Mamá me llama por teléfono para contarme lo que eso implicará.

–Primero va a requerir cirugía –dice–. Y luego, muy probablemente, rayos. Voy a necesitar toda la ayuda que pueda conseguir –agrega, y sé que lo dice en serio: su acento es fuerte, inglés, pero con la cadencia y la entonación del igbo, como suele suceder cuando tiene algo importante que decir–. Por tu papá –dice– no te preocupes. Ahora es un hombre enfermo. Además, es sensato.

Vamos y venimos. Le digo que está equivocada. Estoy segura de que él no es sensato. Ella me dice que el cáncer no es chiste, que es como mirar a la muerte directo a los ojos.

–Créeme –dice–, ya sé cómo han sido las cosas en el pasado. Pero esta vez es distinto. Él es sensato, seguro.

Estoy sentada en el piso de mi departamento, dibujando círculos en el asiento del sofá con los dedos. Hay una pila de papeles –monografías– a mi lado. Tendría que estar corrigiéndolos, llenándoles los márgenes de notas, intercalando cosas, tachando palabras. En cambio, estoy escuchando la

voz de Mamá en el teléfono, dibujando círculos en la alfombra y mirando a través de la puerta abierta del balcón.

Afuera el cielo se agrisa y el sol parece una bola borrosa, naranja oscuro entre las nubes. Bajo la vista hacia la alfombra con los círculos que dibujé. Hay una mancha oscura en el medio de una de las curvas y, por alguna razón, tal vez porque estoy hablando con ella por teléfono, o tal vez porque estamos hablando de Papá, veo la cara de ella en ese lugar de la alfombra y veo la mancha negra arriba de su pómulo izquierdo. Me recuerda la foto de su licencia de conducir de Massachusetts, donde se le ven los restos de un ojo negro.

Cuando pienso en Massachusetts, pienso en cucarachas y ratones sobrealimentados, inflados y marrones, indiscretos y descarados, no como los de Port Harcourt. Fueron lo primero que encontramos en nuestro departamento de la avenida Comm. Todavía ahora en mi departamento de Pensilvania, a unas trescientas millas de distancia de allí, a veces alcanzo casi a oír escabullirse a los ratones, los ruidos que hacían sus piececitos cuando salían corriendo por el linóleo hecho jirones de aquella cocina vieja, cansada, de Boston.

Cuando pienso en Massachusetts, pienso también en aquel día frío y ventoso de noviembre, el día en que llegamos, Mamá y yo, con nuestros vestidos de algodón al juego, Papá con su *isiagu* más elegante, todo bordado con cabezas de león doradas.

Ni siquiera la gruesa tela del *isiagu* hizo mucho por protegerlo del frío. Apenas si lo protegía un poco más que el algodón a nosotras.

Pero principalmente, cuando pienso en Massachusetts, recuerdo el período en que Mamá se fue de viaje a Florida, apenas a unos pocos meses de nuestra llegada.

Alguien, algún otro estudiante del programa de ingeniería de Papá, le cuenta a Papá y a Mamá de un grupo eclesiástico que nos ofrece ayuda para que consigamos documentos de trabajo, y tal vez incluso ayuda para que consigamos la residencia legal permanente. Durante el día, Papá asiste a clases en la Universidad de Boston. Durante las noches, trabaja de portero en el edificio donde vivimos. A cambio de vivienda en el departamento del subsuelo y un poco de dinero de bolsillo, barre los pisos y saca la basura de los salones. Responde las llamadas de los residentes. Si se quedan afuera de sus departamentos, él les abre la puerta. Si se quema una lamparita, la reemplaza. Es un trabajo 24/7, que, combinado con las clases, no le deja otra opción que quedarse. Mamá parte a Florida sola.

En aquellos días, conseguimos nuestra comida en el banco de alimentos de la iglesia de la calle Beacon. Mamá se asegura antes de irse de que consigamos las provisiones. Dos cajas de copos de maíz, una caja de anillos frutados sabor cereza, una hogaza de pan, tomates, cebollas y una bolsa de arroz. En el mercado Christie's compra naranjas y bananas y un cartón de leche, porque no hay naranjas ni bananas ni leche en el banco de alimentos. Compra un maple de

huevos, porque los huevos del banco siempre llevan varias semanas vencidos. Yo tengo siete años, casi ocho, y el día en que se va a Florida Mamá me despierta temprano para despedirse.

–Pórtate bien –dice–. Cuida a tu padre.

Yo asiento, aunque no estoy segura de lo que eso querrá decir.

Esa nohcecita, Papá regresa de la escuela o del trabajo, no sé cuál de las dos cosas.

–Bienvenido, Papá –digo, como hago siempre cuando él entra en el departamento. Estoy en la cocina, hurgando en la heladera en busca de algo para comer.

–¿Tienes hambre? –me pregunta. Su voz es seria.

Cierro la heladera y lo miro. Asiento.

–Muy bien –dice él–. Muy bien. –Apoya la bolsa que lleva colgada del hombro, se pasa la mano por la cabeza, para atrás y adelante–. Puedes ir a mirar televisión en la sala. Yo voy a preparar algo para los dos.

Desde la sala oigo resonar metal contra metal. Oigo batar algo en un cuenco. Cuando Papá me llama a comer, hay una bandejita con pan tostado, un bastoncito de manteca en un platito blanco y un plato de algo intermedio entre huevos revueltos y omelette, con un reparto parejo de cubos de tomate y cebolla, sobresalientes y con bordes irregulares, como cicatrices levantadas por toda la parte de arriba.

Comemos juntos esa nohcecita, y aunque el omelette está líquido y blando, y aunque la tostada está carbonizada de un lado, yo me como todo tal como si fuera uno de los

platos de Mamá: arroz con porotos o estofado de carne o sopa de *ogbono*. Cuando termino, me lamo los labios y le digo que gracias. Levanto la mesa y él me ayuda. Guardo aquella nohecita en mi memoria, a salvo, para no olvidarla, porque tengo siete años, casi ocho, y es la primera vez que veo este costado de él.

Un par de días más tarde, Mamá regresa de Florida. No consigue los documentos de trabajo. Incluso resulta ser que la organización eclesiástica podría ser una estafa. Estoy sentada en mi habitación cuando la oigo contarle eso a Papá. Él gruñe y le dice que se calle. Cómo puede distinguir ella una estafa de algo auténtico, pregunta. Ella dice que puede. Él le dice de nuevo que se calle.

—Eso es lo que pasa cuando uno manda a una mujer a ocuparse de algo —dice—. Un desastre total —dice.

Salgo de mi habitación cuando él se ha ido a la suya. El equipaje de Mamá está en el piso de la sala. Ella me sonrío cuando me ve, me palmea en el hombro, me pregunta si tengo hambre.

—Sí —digo yo—. Mucho hambre —y es la verdad. Ya es tarde para entonces y, a sabiendas de que Mamá iba a regresar ese día, Papá no preparó nada para cenar.

Mamá asiente y me dice que va ya mismo a comprar algunas cosas, productos nigerianos del almacén africano de la calle Beacon, no muy lejos de donde vivimos. Hoy es un día de celebración que pide comida nigeriana, dice, porque por ahora parece que no tenemos otra opción que seguir siendo nigerianos.

–Bien podemos convertirlo en una celebración –dice–. No hace falta lamentarse de lo que somos. –La observo caminar hacia la puerta y hago un movimiento para seguirla, aunque estoy descalza–. Quédate –dice ella–. No tardo mucho. –Me apoyo en la puerta y la observo alejarse. Mi estómago refunfuña, pero todo lo que puedo hacer es observar.

Cuando ella dobla la esquina –cuando ya no puedo verla más–, cierro la puerta y pongo el pasador.

No tarda mucho en volver, como ella dice. Prepara la comida, silbando y tarareando todo el tiempo. Luego sirve comida para Papá, una bandeja de sopa de *egusi*, que hace con las semillas de *egusi* frescas que compra en el almacén nigeriano. En la bandeja también hay una bola de tapioca. Lleva la comida de Papá a la habitación, siempre silbando y sonriendo y bailoteando un poco con la cabeza, incluso al entrar en la habitación. Hay un rato de silencio y luego oigo la voz de él. No oigo la voz de ella, y mientras tanto pienso que tengo ganas de que termine rápido ahí, porque el hambre está a punto de matarme. Entonces algo en mí de repente siente miedo. Me voy a mi habitación y espero. La voz de él se hace más alta, reprensiva, y oigo un sonoro ruido a bofetada. Y ella sigue sin salir. Y la voz de él sigue reprendiendo.

Al principio quiero correr hacia ella, pero tengo demasiado miedo. Luego hasta el miedo se hace demasiado insoportable, entonces vuelvo a salir de mi habitación, me dirijo a la cocina, cada vez más cerca del dormitorio de ellos. En la

pared que separa su dormitorio de la sala hay una estantería negra. Estoy escondida en el costado de la estantería, acurrucada de rodillas, cuando veo salir a mamá de la habitación con la bandeja. Vuelve a la cocina, meneando la cabeza de un lado al otro. Manipula cacerolas y sartenes y luego se dirige de nuevo al dormitorio con otra bandeja de comida.

Un poco más tarde esa misma noche la zona de alrededor de su ojo izquierdo empieza a ponerse más oscura. Eso principalmente es lo que recuerdo cuando pienso en Massachusetts.

Los días siguientes no puedo parar de pensar en la voz de Mamá en el teléfono, contándome que necesita toda la ayuda que pueda conseguir. No puedo caminar por los pasillos de la Escuela Secundaria Allen, no puedo comer la cena, sin oír su voz, rogándome que vaya. Una semana más tarde tomo la decisión.

La escuela todavía no nos deja en libertad por el verano, de modo que me tomo una licencia de emergencia para ausentarme y una profesora suplente ocupa mi lugar.

Ya no viven más en Boston. Ahora están en Nueva Jersey, porque Papá se encontró un trabajo mejor pagado allí en Bristol-Myers Squibb. Antes trabajó para varias empresas farmacéuticas distintas, la primera de las cuales fue el motivo de que pudiéramos permanecer en los Estados Unidos. Aquella primera había estado dispuesta a respaldarlo en la solicitud de residencia permanente, lo cual hizo que pudiéramos quedarnos de manera legal.

En cualquier caso, antes de su enfermedad, él trabajó en el sector de ingeniería industrial de Bristol-Myers. Mamá dijo que ayudó a producir medicamentos para tratar de todo, desde la artritis hasta enfermedades cardiovasculares, desde el cáncer hasta trastornos psiquiátricos. Mientras me preparo los bolsos, me descubro preguntándome si habrá fabricado los medicamentos que ahora usarán para tratarlo.

Viven a un par de horas de auto de donde estoy yo, de la US-22E a la PA-33S y de ahí a la I-287S y luego a Ruta 1. Cuando por fin llego, estaciono el coche frente a la casa y respiro. Es la primera vez en años, unos diez ya, que se me permite venir a casa.

Ella me dejó la llave debajo del felpudo. Cuando me inclino para buscarla, reconozco el felpudo, el mismo de hace casi una década. Pero todavía se lo ve flamante, para nada gastado. Me pregunto cada cuánto se reemplazan los felpudos. Me pregunto si será que tan sólo adoptaron la costumbre de reemplazarlo por otro exactamente igual. Me pregunto si tal vez sólo se trata de que nadie pisa el felpudo, quizá son siempre ellos dos solos, nunca ninguna persona invitada, nunca ninguna pisada extra.

La casa tiene dos niveles. Subo la escalera. La sala está en la cima de la escalera, a la izquierda. A la izquierda de la sala está la entrada al dormitorio de ellos. La puerta está cerrada y, aunque sé que él no está ahí, que está en alguna habitación del Hospital de Saint Peter, probablemente con una de esas túnicas de color azul claro cuya espalda abierta sólo está unida por un par de cordones finos, aunque sé que

está bastante lejos, preparándose para una operación de tiroides, siento que se me aprietan los músculos del estómago.

Me dirijo a mi antigua habitación. Giro el picaporte y me quedo un momento mirando. Sobre mi viejo tocador hay dos filas de animalitos de peluche: un bebé Dumbo violeta con las orejas largas y caídas; patos amarillos en hilera, algunos con las costuras rasgadas, otros con el cuerpo marcado de manchas rojo oscuro, casi marrones (sangre seca): antiguas consecuencias de la furia de Papá; la pequeña Sacagawea con sus largas trenzas y las pestañas despegadas, colgantes. Les sacudo el polvo. Observo las partículas esparcirse en el aire. Luego recorro con la mano el lomo de uno de los patos y lo levanto. Hace años que no levanto a ninguno, años que no hablo con ellos, callada, en la oscuridad, ensuciándolos con lágrimas, contándoles la lista de cosas que me llevaría cuando me fuera al cumplir los dieciocho. Cuando dejo el pato, otra vez con el grupo, me imagino que empiezan a hablar entre ellos de nuevo, como hacíamos cuando yo era una del grupo. Sólo que ahora soy una extraña. No les hablo, y apenas si escucho.

La cama está hecha con sábanas amarillo pálido que no reconozco, pero a los pies está doblado mi viejo edredón, como si hubiera estado allí esperando estos diez años, anticipando mi regreso.

Me siento en la cama, cierro los ojos un momento. Aspiro, inhalo el aire rancio, con olor a humedad, y luego abro los ojos y miro en dirección a la ventana. Las cortinas están descorridas y entra el sol. Veo los rayos, una línea diagonal

de un color amarillento pálido desde las ventanas hasta el piso, con partículas de polvo semejantes a mariposas minúsculas flotando en su interior. En la zona de la alfombra donde aterriza la luz, las hojas bordadas en las cortinas parecen flotar también, como sombras a la deriva sobre el tapete. Miro fijo las hojas a la deriva, me dejo hipnotizar por ellas, pero es una especie de hipnosis melancólica, de esas en las que una se encuentra reviviendo todas las cosas que desea no haber vivido nunca en absoluto.

Durante mi último año de escuela secundaria tuvieron una discusión. Una de las serias. Yo me puse entre medio, chillé, le dije a él que era un padre horrible. Lo aparté de ella de un empujón. ¿Qué clase de marido le pega a la esposa?, pregunté.

De repente su mano cayó sobre mi cara, su puño cerrado aterrizó directo en mi boca.

Todavía no sabemos quién llamó a la policía, y por cierto no los oímos golpear a la puerta, si es que golpearon. En un momento la mano de Papá está cayendo sobre mi cara, al momento siguiente un par de agentes de uniforme oscuro con pistolas e insignias aparecen en el vano de la puerta del dormitorio de Mamá y Papá, que es donde estábamos en ese momento.

Entonces llegan los agentes y por un rato los dos se quedan con nosotros en la casa, haciendo preguntas, tomando notas. Luego uno de ellos nos indica a Mamá y a mí que lo sigamos. Nos lleva afuera.

Yo me siento en el capó del Ford Taurus de Papá. Las lágrimas se me secan en la cara y siento rígida la piel de las mejillas, como si toda su humedad se hubiera secado con las lágrimas. Hay una brisa fría y vuelvo la cara en esa dirección y en dirección a la mirada examinadora del agente.

–Te sangran los labios –dice el agente, mirándome fijo–. Vas a tener que contarme quién te hizo eso.

Me toco los labios. La sangre está coagulada, cuajada por el aire. La siento toda irregular como una costra.

– Vas a tener que contarme quién te hizo eso –dice de nuevo el agente.

Por el rabillo del ojo veo que Mamá pestañea con deliberación y menea la cabeza mirándome.

–¿Qué va a pasar si se lo cuento? –le pregunto al agente, toqueteándome la sangre coagulada, limpiándomela con la manga de la camisa.

–Es un delito –dice el agente–. A la persona responsable hay que arrestarla y meterla presa.

Mamá pestañea un poco más.

–No te preocupes –dice el agente–. Un poco de cárcel le va a servir de lección. Se va a dar cuenta de que no le conviene volver a hacerlo.

–Tu padre es diabético –estalla entonces Mamá–. ¿Quieres ser la que manda a la cárcel a un diabético? ¿Qué le va a pasar ahí? ¿Quieres ser responsable de arruinarle la salud?

–Señora –dice el agente.

–Me caí –digo yo–. Fue culpa mía. Me caí de cara al suelo.

El agente me mira fijo, apunta algunas notas. Al poco

rato él y su compañero están dentro del patrullero, saliendo marcha atrás por el acceso.

Al día siguiente, durante la cuarta hora, en la clase de cálculo de la señora Beatty, suena el intercomunicador y oigo mi nombre: “Uchenna Okoli, por favor presentarse en la oficina del señor Loftin”.

El señor Loftin es el consejero de orientación y en su oficina saca el diario local, va a las últimas páginas, me pregunta si está todo bien en casa.

Le digo que sí.

Él me mira como inspeccionándome, como si yo fuera un experimento y estuviera observándome para escribir un informe. Dice:

–No conozco a ninguna otra familia de apellido Okoli en todo el municipio de Edison. De hecho, no conozco a ningún otro Okoli.

Yo asiento.

–Es un apellido raro –digo. Trato de sonreír entre dientes, pero me sale algo parecido a una tos. Apoyo el brazo derecho en el apoyabrazos y actúo como si sólo estuviera relajándome en el asiento. Luego apoyo la cabeza en la mano y me tapo de esa manera una buena parte de los labios.

Él asiente.

–Tu familia está citada por un incidente de violencia doméstica –dice–. Ustedes son la única familia Okoli que pude encontrar en Edison.

De mis ojos brotan lágrimas, no porque esté triste o sienta vergüenza. Brotan lágrimas porque de repente siento alivio.

–¿Quieres hablar del asunto? –pregunta el señor Loftin.

Yo asiento y empiezo a hablar.

–Mi padre –digo. Me detengo.

–¿Tu padre? –pregunta el señor Loftin.

–Sí –digo–. Se pone furioso.

–¿Te hizo algo? –pregunta el señor Loftin.

¿Quieres ser la responsable de mandar a la cárcel a un diabético?, oigo en mi cabeza.

Me enjugo los ojos y sonrío.

–No importa –digo–. Todo va a estar bien.

El señor Loftin asiente. Yo digo:

–Mire, tengo diez de promedio. Estoy en todos los cursos preuniversitarios. Di los exámenes y ya tengo un semestre de créditos preuniversitarios. Antes que usted se dé cuenta voy a estar en la universidad. Y me va a ir bien en la universidad. Todo va a estar bien.

Me sale como un discurso ensayado, lo que más o menos es, porque me lo he dicho muchas veces a mí misma en los últimos meses, cada vez que Papá nos repartía golpes a Mamá y a mí.

El señor Loftin asiente.

–Te va a ir bien en la universidad, sí –dice–. Pero hay otras cuestiones. No puedo ayudar si no hablas conmigo.

Yo meneo la cabeza.

–¿Estás segura? –pregunta él.

Yo asiento.

–Estoy aquí si cambias de opinión –dice, cuando me levanto para irme.

En alguna parte en medio del ir y venir a y del hospital, descubro que la glándula tiroides tiene forma de mariposa, que sus dos lóbulos parecen alas. Las mariposas deberían ser suaves y hermosas, pero yo me imagino que quizá sea ésa la cuestión con la tiroides de Papá. Quizá su tiroides nunca haya sido del todo como debía ser. Me imagino que sacársela del cuello podría redundar en el cambio que siempre quisimos.

Se queda en el hospital una semana. La operación es sencilla, resulta exactamente según se esperaba, dicen los doctores. Va a volver a la normalidad un par de días después del alta, nos cuentan.

Vuelve a casa, deambula en su pijama a rayas azules y blancas durante más de un par de días. Arrastra los pies, refunfuña.

Le pedimos que coma, pero él meneaba la cabeza y nos cuenta que no tiene apetito. Pasa una semana. Pasan dos semanas.

–Es una vergüenza –dice una novecita–. Tiene ronca la voz y acento fuerte como el de Mamá–. Una vergüenza estar tan enfermo y débil.

–Síndrome de Munchausen –le susurro a Mamá cuando estamos solas.

Ella arruga el entrecejo.

–Mejor así –le digo–. Prefiero toda la vida el Munchausen antes que los gritos y los golpes.

Ella tiene puesto su vestido beige. Es sin mangas y le llega a los tobillos. Tiene los pómulos altos y la piel de la cara parece suave y joven. A primera vista, su cara no es la de una mujer de cincuenta y cinco años. Pero tiene bolsas grises debajo de los ojos. Y la frente se le arruga un poco, como el

lino con pliegues del vestido. Me mira y menea la cabeza.

—No llames a los problemas donde no hay problemas —dice.

Tiene razón en que no hay problemas. Por una vez, Papá está plácido, dócil.

Esa nohecita Papá me llama por mi nombre. Me llama en voz alta, de modo que lo oigo incluso desde la cocina, incluso con la puerta del dormitorio de ellos cerrada. Cuando abro la puerta, está sentado en la cama, de espaldas a la pared. La colcha es un paisaje de color tostado con remolinos violetas y verdes, semejantes a pequeñas serpientes en un desierto de arena. Lo tiene subido hasta la mitad del torso. Me paro en la entrada de la habitación, justo bajo el arco formado por el marco de la puerta.

—¿Sí, Papá? —digo.

Tiene puesta una camiseta blanca y manipula la colcha. Pide un vaso de agua.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él asiente con lentitud como si su cabeza fuera una pesada pelota apoyada en el cuello, como si cualquier movimiento debiera ser lento y calculado para que no se caiga la pelota.

Salgo de la habitación a buscarle agua. Cuando regreso, camino hasta el costado de la cama. Le tiendo el vaso.

—Qué niña maravillosa —dice él, al recibir el vaso—. Eres tan buena con tu pobre papá viejo.

Su voz es dulce y las palabras son amables e inesperadas. Tan inesperadas que todo lo que oigo es lo que me acostumbré a oír de él, en especial durante aquellos últimos años en

casa, mis años de escuela secundaria: oigo en su voz algo áspero y hosco, que me hace hacer muecas y fruncir las cejas como lo haría ante un ruido de uñas arañando un pizarrón. Pero luego pienso en su mariposa cancerosa, y pienso en los tumores que se extienden fuera de sus lóbulos, fuera de sus alas. Pienso en los médicos arrancando tumores, tirándolos. Pienso en los medicamentos que lo estabilizan de un modo que su tiroides enferma no consigue hacer. Sólo entonces reconozco su voz por lo que es: un abrazo suave y dulce.

Durante mi segundo mes en la universidad, llamé una y otra vez a Mamá por teléfono, pero no me atendía. Finalmente, una semana después de mis llamadas, me llamó ella.

Ese día, atiendo el teléfono y apenas si había alcanzado a decir hola cuando dice ella:

–Ahora que te has ido a la universidad, tu padre siente que no es una buena idea que vuelvas. Siente que has sido irrespetuosa con él al interferir en cosas de nuestro matrimonio, involucrándote.

–¿Yo? ¿Irrespetuosa? –pregunto.

–Sí –dice ella–. Hubo veces en que te metiste en el medio de nuestra pelea –dice–. Cuando tus padres tienen una discusión, no te corresponde involucrarte.

–No era una discusión y nada más –digo yo–. Él te estaba pegando.

–Él dice que debería decirte que te repudia –dice ella.

Al principio me quedo callada. Luego le digo que ella es

débil. Le pregunto cómo puede ser tan insensible, como se atreve siquiera a transmitir ese mensaje como si estuviera exponiendo un hecho. La voz me tiembla todo el tiempo, pero me obligo a terminar: le pregunto si se ha tomado la molestia de decirle que era él quien estaba en falta, que no tenía ningún derecho a repudiarme. No espero una respuesta, porque ya la sé. Cuelgo el teléfono, porque, en el fondo, entiendo que eso es lo que ella siente que es lo correcto, eso es lo que ella cree que debe hacer.

Para las vacaciones de Navidad, empaco algunas de mis cosas en la residencia universitaria y me quedo en el departamento vacío de mi amiga Melissa. El State College está muerto y frío durante las vacaciones de invierno, pero decido que hay algo que decir de un auténtico, sincero invierno, que hay algo divertido en caer y deslizarse sobre pilas de copos de nieve sin barro. Así que me pongo las botas, me llevo afuera la bandeja que antes robé del comedor común. Apoyo la bandeja en el suelo. Me siento encima y me deslizo por las pequeñas colinas de campos cubiertos de nieve, una y otra vez. Hago eso casi día por medio. No pasa mucho tiempo hasta que las vacaciones de Navidad concluyen.

En todo el semestre de primavera no tengo noticias de Mamá, y luego en el verano llama, me dice que podemos arreglar algo, un encuentro en el centro de compras, tal vez. Quizás incluso podamos meternos en la casa a escondidas cuando él se haya ido a acostar. Puedo estacionar el auto a dos cuadras de la casa. Podemos ponernos al día mientras él duerme, como en los buenos viejos tiempos, tal vez incluso

mirar juntas alguna de las últimas películas de *Nollywood*. *¿Qué buenos viejos tiempos?*, me pregunto yo, pero no se lo digo. En cambio, pienso en la docena de veces o algo así en que miramos una película. Casi todas esas veces, Papá entraba, agarraba el control remoto y cambiaba de canal por un combate de lucha libre o cualquier otra cosa que decía que tenía que mirar. Las últimas veces decidimos esperar hasta tarde, hasta que él estuviera dormido. Y mirábamos la película calladas y tíasas, preocupadas de que Papá en algún momento entrara y nos cambiara el canal.

Sin embargo, ese verano voy a verla. Nos encontramos en el centro comercial, cenamos en el restaurante chino. Después de la cena, ella se va. Yo deambulo por el centro comercial, leo en la librería Borders para matar el tiempo. Alrededor de las diez de la noche, voy a la casa. Estamos seguras de que él va a estar durmiendo.

Pasan las semanas y luego un mes. Para entonces, la Escuela Secundaria Allen ha entrado en vacaciones de verano. Mamá y yo seguimos llevando y trayendo a Papá para sus controles. Todo parece ir bien y estoy pensando que mis servicios ya no son necesarios, y entonces, de repente, un día Mamá y Papá regresan del control y él se va directo a su habitación. Parece estar de mal humor, así que le pregunto a Mamá qué pasa. Mamá me anuncia entonces que finalmente va a necesitar rayos. Me cuenta que va a tener que prepararle dietas bajas en yodo, porque limitar la ingesta de

yodo antes del tratamiento de rayos va a ayudar a aumentar la efectividad del yodo radioactivo en su cuerpo.

–¿Qué quiere decir una dieta baja en yodo? –le pregunto.

–Nada de pescados y mariscos –dice–. Nada de productos lácteos, ni yema de huevo, ni porotos de soja, nada con un colorante rojo que se llama eritrosina. Arroz, carne fresca y cereales, con moderación. Muchas frutas secas sin sal y fruta fresca, salvo ruibarbo y cerezas al maraschino (cosas que contienen eritrosina).

Lo dice con diligencia, con cuidado, como si se hubiera aprendido de memoria el folleto del médico.

–Hay mucho que planificar y preparar –dice–. Y cuando termine el tratamiento, va a ser peor todavía.

Yo sólo escucho.

–Necesito más ayuda –dice–. Vas a tener que quedarte un poco más.

Asiento, porque las cosas no han estado tan mal.

–Tengo que pensar en mi trabajo –continúa Mamá–. No puedo darme el lujo de perderlo.

Pienso en mi primer año de universidad, en que tenía prohibido venir a casa, en que ella transigió y me permitía entrar a escondidas por la noche. Hay algo distinto, algo casi de satisfacción en ser necesaria. Asiento y le digo que voy a quedarme un tiempo más.

Mamá tiene que trabajar el día en que él recibe el tratamiento de rayos. Ya ha gastado todos sus días de vacaciones

y de uso personal y pedir una licencia le significaría quedarse sin seguro de salud durante ese período, lo cual no es una opción posible cuando Papá necesita todavía tratamiento.

Lo llevo en auto a la cita y el plan es que vuelva en taxi, porque no hay cómo saber cuánto tiempo tendrá que estar en el hospital.

Después de dejarlo, me dirijo a la Borders que está al lado del centro comercial. Encuentro un pequeño cubículo y me siento a leer el diario. Luego paso del diario a un libro de cuentos y, antes que me dé cuenta, anochece. Devuelvo el libro al estante donde lo encontré y me encamino a casa.

Mamá me ha hecho ya una copia de la llave, de modo que abro la puerta y entro. Estoy apenas a medio subir las escaleras cuando veo los carteles que ha puesto Papá. Cuatro, escritos en mayúsculas con tinta roja sobre papel blanco. Dicen todos: ¡CUIDADO! ¡RADIACIÓN! ¡NO SE ACERQUE A MENOS DE TRES PIES! Aunque este último mes las cosas no han estado mal con Papá, y aunque, con el paso del tiempo, me siento cada vez más segura de mi teoría de la mariposa enferma, la obligación de no acercarse me hace suspirar de alivio.

Camino entre el comedor y la cocina. Hay dos largas listas, duplicados de los procedimientos a seguir después del tratamiento. Las listas empiezan: los dos primeros días, mantener una distancia prudente de los demás. Dormir solo en una habitación aparte. Evitar lo más posible todo contacto social cercano prolongado. Usar sólo cubiertos descartables. No prepare comida para otras personas ni mantenga

contacto prolongado con comidas para otras personas.

Estoy leyendo todavía la lista cuando suena mi celular. Es Mamá.

—Cuando tu padre esté listo para comer —dice—, pon un poco de potaje de ñame y espinaca en un plato, caliéntalo dos minutos y medio en el microondas, luego pasa la comida a uno de esos platos de plástico que están en el comedor. Deja la comida en la mesita que está al lado de la puerta del dormitorio de tu papá. Golpea la puerta cuando la hayas dejado ahí. Él va a salir a buscar la comida cuando oiga golpear.

—¿Cómo sé cuándo está listo para comer? —pregunto. Ella trabaja en la Residencia Sociosanitaria Sayreville, a veinte minutos de la casa por lo menos. Trabaja en el turno de las tres de la tarde a las once de la noche. Me la imagino en su puesto de enfermera, inclinada hacia el viejo Jack y su andador metálico, con la boca cercana al único oído con que él oye, engatusándolo en voz muy alta para que le dé un momento, apenas un momento para que ella pueda hacerme esta llamada—. ¿Cómo sé cuándo? —pregunto.

—Yo voy a darle tu número de celular —dice Mamá—. En algún momento de la próxima hora, él te va a mandar un mensaje de texto para contarte que ya está listo. Así vas a saber que tienes que prepararle la comida.

El corazón empieza a latirme rápido. De repente siento como si no me entrara aire en los pulmones, pero sé que necesito decir algo. Antes que pueda responder, ella dice que tiene que colgar y cuelga.

Yo estaba en el último año de la universidad cuando Papá perdió el trabajo. Hace ya más de cinco años, casi seis. No es que no lo hubieran despedido antes de otros trabajos, sino que ésa fue la primera vez en que tuvo dificultades para conseguir uno nuevo enseguida. Ese fue también el período en que empezó a enfermarse. Primero fue el bulto en el cuello, luego la ronquera, luego los problemas para tragar, las dificultades para respirar. Entraba y salía del hospital ya en ese entonces.

Una nochecita, en esa época, Mamá me llama a la residencia universitaria, me cuenta que le parecería buena idea si yo le escribiera a él, para demostrarle compasión en este momento de angustia.

—No lo disculpo —dice. Tu padre ha hecho muchas cosas malas, pero ahora está enfermo. Es un enfermo sin trabajo.

Yo digo que no. La línea parece quedarse muerta.

—¿Hola? —digo—. ¿Hola?

Ella no dice nada, pero justo cuando estoy a punto de cortar se aclara la garganta y me dice que está decepcionada, que tiene cosas que hacer. Corta.

Días más tarde, cuando estoy por salir corriendo a clase, suena el teléfono. Es de nuevo Mamá, y tenemos la misma conversación una vez más.

—Sé tú la mejor persona de los dos; perdona y olvida —dice—. Escríbele una carta, o un email incluso, demuéstrole que tú eres mejor persona, que puedes tener compasión, en especial a alguien como él. Perdona y olvida. —Eso es lo que ella tuvo que hacer, me dice.

Al terminar la llamada, le digo que voy a pensarlo. Y lo pienso.

Casi una semana más tarde, estoy sentada de nuevo en la residencia universitaria, en la parte donde está mi escritorio, cuando decido llamarla. Ella atiende y, por el sonido de su voz, sé que está a la expectativa.

Le pregunto si es consciente de lo que me pide que haga. Dice que sí, comprende lo que está pidiendo. Escribe esa carta, dice. Es un hombre cambiado. Está cambiando incluso mientras nosotras hablamos; con todas estas cosas malas que le están pasando, un hombre no puede menos que cambiar para mejor.

—¿Cuánto hace que se viene produciendo ese cambio? —pregunto, incrédula. Apenas un año antes ella me había llamado llorando porque él había parado el auto, la había arrastrado afuera tirándola de los pelos, la había estampado contra el auto, gritándole, todo porque ella había hecho un comentario sobre la velocidad a la que él iba. Después de ese incidente, ella había prometido dejarlo, buscarse un departamento cerca de mí, cualquier cosa para librarse de él.

Le recuerdo que, antes de eso, él la había sacado del auto a patadas en medio de la autopista cuando iban camino a una conferencia en la iglesia, la había obligado a arreglarse sola para volver a la casa.

Le digo que algunas cosas, y algunas personas, no cambian.

—No hay ninguna diferencia con cuando vivíamos en Massachusetts —le digo—. Ya en ese entonces nos prohibía entrar en su auto si llegaba a encontrar migas o tierra que

le parecía que habíamos dejado nosotras. —¿Se acuerda de cuando yo ahorré doscientos dólares cuidando a unos niños de a la vuelta, juntando latas y botellas vacías en las calles todos los días al salir de la escuela, sólo para ayudarla a ella a comprarse su propio auto? ¿Se acuerda de que ella trabajaba bajo cuerda doce horas por día en tareas de limpieza en el Hotel Beacon Hill, cambiando sábanas y fregando inodoros, para que reuniendo nuestro dinero pudiera comprarse aquel Dodge Omni, el marrón con la pintura descascarada, que andaba bastante bien, pero lo vendían tan barato por el terrible estado de la pintura? Yo en ese entonces estaba apenas en la escuela media—. ¿Te acuerdas? —le pregunto.

—Me acuerdo —dice ella—. Pero te digo que está cambiando; va a seguir cambiando. Un lindo email tuyo, afectuoso, lo va a conmover y le va a dar más ganas de cambiar todavía.

Escribo el email, porque a ella le importa que lo escriba. Lo escribo porque quizás ella tenga algo de razón. Escribo:

Querido Papá: Mamá acaba de contarme que no te sientes bien últimamente y has estado varias veces en el hospital. Quería desearte pronta recuperación. Si hay algo que yo pueda hacer, por favor no dejes de decírmelo. Por favor descansa y mejórate pronto. Con cariño, Uchenna

Se lo leo a ella por teléfono. Lo aprueba, me da la dirección de correo electrónico de él, me dice que siga adelante y se lo mande.

–Eres una buena hija –dice–. Una hija muy buena, de muy buen corazón. A veces es la gente joven la que tiene que enseñarle a la gente mayor –dice.

–Sí, sí –digo yo, pero ahora estoy sonriente y tengo la esperanza de que ella tenga razón. Me imagino un futuro más despejado para nosotras. Me viene a la cabeza una imagen del sol y pienso que tal vez todo esto sea como cuando una mira para otro lado y la vista se le pone borrosa, los ojos están confusos, pero luego una sigue mirando apenas unos segundos y de repente los ojos vuelven a estar enfocados.

Razono que tal vez no estar siempre enfocándose en el mal comportamiento de Papá, no estar siempre recordando, no estar siempre mirando fijo de frente al pasado, tal vez eso sea todo lo que haga falta para arreglar las cosas. Tal vez el problema sea mío, haya sido mío todo el tiempo. Tal vez sólo tenga que dejar ir el pasado, mirar al sol sólo indirectamente, a lo sumo.

–Eres una buena hija –dice ella de nuevo–. Una buena hija. –Y me cuenta que tiene que volver a trabajar.

Al día siguiente, después de cenar, abro mi email y veo que él me respondió. Dice:

Hija, el camino hacia un futuro satisfactorio y beneficioso no es la absoluta falta de respeto a tu padre y a tu madre. De niña, tu deber es aceptar la disciplina de tus padres, más allá de que estés de acuerdo o en desacuerdo. Por supuesto, de adulta eres libre de decidir tu propio camino, basado meramente en tus deseos

egoístas. Por mi parte, yo tengo derecho también a no aprobar ni apoyar ese camino. Lo menos que puedes hacer ahora es reconsiderar tus actitudes y amoldarte a un camino que te reconcilie con el padre que te dio la vida. Para empezar, deberías dejar de entrar y salir a escondidas cada vez que quieres ver a tu madre. Tú crees que yo no me doy cuenta, pero me doy cuenta. Entrar en mi casa sin mi permiso es la máxima señal de la absoluta decepción que eres. En algún momento tienes que empezar a asumir la responsabilidad por tus elecciones, actos y conducta. No le haces daño a nadie más que a ti misma, y no puedes mirar después para otro lado para echarle la culpa a otra persona. Tu padre

Su respuesta me hace estallar. Me pregunto cómo es capaz de meter todo su abuso en una caja rotulada bajo la categoría de disciplina. ¿De veras su conciencia le dice que todo eso fue tan sólo disciplina? En cuanto a lo de ir a escondidas para ver a Mamá, quiero decirle que los hijos normales no se ven obligados a ir a escondidas para ver a la madre, porque los padres normales jamás les prohibirían a sus hijos entrar en sus casas, especialmente no por la razón por la que él me lo ha prohibido. Yo no le falté el respeto, quiero gritar. ¿Cuándo le falté el respeto?, susurro para mí.

Descuelgo el teléfono y llamo a Mamá. No digo hola y no espero a que ella diga hola. Primero, le leo de nuevo mi email. Inmediatamente a continuación, leo la respuesta de él.

—¡Ay, no, no, no! —exclama ella.

–¿Así es como cambió? –pregunto.

Se queda un rato callada. Luego se aclara la garganta.

–Lo siento –dice.

Le digo que tengo que cortar y cuelgo el teléfono.

Todo eso fue hace más de cinco años, ya casi seis, y una parte de mí quiere reprenderme por recordar, quiere preguntarme por qué no me olvidé ya de todo eso.

Ella no tiene por qué darle mi número a él, murmuro para mí. De ninguna manera voy a permitirle que le dé mi número. En mi cabeza estoy recordando todos los emails que siguieron a aquel primero. Se volvieron cada vez más furiosos, probablemente espoleados por el hecho de que yo me negué a responder; emails de un renglón en los que decía que yo me estaba dejando guiar por Satanás, que yo era una imbécil, que yo no valía nada.

Tengo puesto un par de vaqueros y una camisa holgada blanca de vestir. Me seco en la parte de abajo de la camisa las manos transpiradas y el sudor deja una marca húmeda. Vuelvo a llamar a Mamá con el celular.

–No puedes darle mi número –digo, no bien ella atiende.

–¿Por qué no? –pregunta Mamá, un poco irritada.

–Sería una invitación a atacarme –le digo.

–No es algo tan serio –dice Mamá.

–Sí, es serio –digo yo.

Ella dice:

–Ahora no. Estoy muy ocupada acá en el trabajo, repartiendo

medicamentos, llenando papeles y otras cosas. Ahora no es momento.

Digo yo:

–Fue un error en aquel entonces darle acceso a mi dirección de correo electrónico. Me mandó todos esos mensajes furiosos, ¿te acuerdas?

Se queda callada.

–Llámallo tú y averigua cuándo está listo. Luego me llamas y me cuentas y yo le preparo la comida. Pero, hagas lo que hagas, por favor no le des mi número.

–No llames a los problemas donde no hay problemas – dice ella. Luego me dice que tiene que cortar y cuelga.

Sé que él habitualmente cena a las seis y media. A las seis me dirijo a la cocina y sirvo potaje de ñame y espinaca en un plato de vidrio. Cubro el plato con otro plato de vidrio y lo meto en el microondas. Lo programo en dos minutos y medio, pero no aprieto el botón de START.

Sobre la mesada de la cocina pongo un plato de plástico al que voy a trasladar la comida. Dispongo cubiertos de plástico junto al plato de plástico y lleno de agua un vaso grande también de plástico. Vuelvo a mi habitación, voy rápido al baño y luego me tiro en la cama, a la espera de que Mamá me avise que él está listo para comer.

A las seis y media me parece oír el ruido de una puerta al cerrarse, pero no oigo nada más, ni pasos ni sonidos de movimientos. No pienso mucho en el ruido de la puerta, pero de todas maneras decido ir a la cocina a apretar el botón de START del microondas, para terminar de preparar la

comida, de manera tal que, si él llega a venir a ver qué pasa, se la encuentre lista.

Entro en la cocina y lo primero que veo es que el plato, el vaso y los cubiertos de plástico ya no están sobre la mesa. Abro el microondas y la comida ya no está ahí. En vez de todo eso, hay dos platos de vidrio vacíos en la piletta, los platos en los que yo había servido la comida, los platos en los que iba a calentarse.

Horas más tarde, alrededor de las nueve, suena mi celular y es Mamá.

—¿Le llevaste la comida, entonces? —pregunta.

—No —digo yo—. Cuando fui a terminar de prepararla, él ya había ido a buscarla. Me sorprende no haber oído ni siquiera el sonido del microondas cuando terminó de calentarla.

Se queda callada sin cortar.

—Debe de haber sido cuando yo estaba en el baño —le digo. Sigue callada.

—¿Mamá? —digo—. ¿Estás ahí?

—Sí —dice ella—. Pero me decepcionas. No pido mucho, pero estamos hablando de rayos. No te habría matado permitirme que le diera tu número. Por Dios, estamos hablando de rayos.

Yo digo:

—Mamá, no pude soportar la posibilidad de recibir en el teléfono llamadas o mensajes de texto de él.

—Todo lo que tenías que hacer era permitirme darle tu número, así sabías cuándo prepararle la comida, cuándo dejársela en esa mesa de al lado de la puerta. ¿Es demasiado

pedir que le prepares la comida? No te estoy pidiendo que se la cocines. Todo lo que pedía era que se la sirvieras.

—No —digo yo—. No era demasiado pedir. Y no me molestaba preparar la comida. Pero, Mamá —digo—, ¿por qué no lo llamaste tú? ¿Por qué no me llamó *él* desde la puerta de su habitación, como ha hecho antes? Podría haberse acercado hasta ahí y avisarme nomás que estaba listo para comer.

—Podrías haberme permitido darle tu número —dice Mamá.

—Ahí estás de nuevo —digo yo—. Siempre poniéndolo primero a él. Siempre poniendo sus necesidades por delante de las mías.

—¿Yo poniendo sus necesidades primero? —pregunta ella—. Ni una sola vez puse sus necesidades por delante de las tuyas.

Pienso en Boston y el viaje a Florida, en él golpeándola, y en que ella sin embargo volvió a servirle una segunda vez. Y todo ese rato ni ella ni yo comimos. Pienso en mis labios ensangrentados y en ella indicándome que no les dijera nada a los policías. *¿Quieres ser la responsable de mandar a la cárcel a un diabético?* Pienso en entrar y salir a escondidas, porque Mamá no quiere hacerlo enojando pidiéndole permiso para que yo vuelva a casa. Pienso en aquel email que escribí. En estar ahora acá en la casa.

Ella dice:

—Puede haber contaminado las cosas que hay en la cocina con sus radiaciones. ¿Crees que estaba preocupada por él cuando te pedí que le prepararas la comida? No —dice—. Mi preocupación era por ti y por mí. No quería que las

radiaciones se nos filtraran a nosotras. Y ahora me dices que lo pongo a él por delante de nosotras.

Le digo que, si estaba tan preocupada por nuestra seguridad, podría haber hecho lo que le sugerí; podría haberlo llamado y luego avisarme a mí la hora a la que él estaría esperando la comida.

—Me decepcionas —me dice—. Acusarme de complacerlo a él, como si yo no tuviera cabeza propia, como si yo no tuviera mis propias prioridades.

No contesto. En cambio, me siento en la cama, meneando la cabeza lentamente para un lado y para el otro.

Unas noches más tarde, él grita mi nombre desde su habitación, como hizo los días siguientes a la primera intervención, la cirugía. Aquellas veces el pedido era simple: sólo quería un vaso de agua.

Me lo imagino junto a la puerta del dormitorio, parado en el más alto de los tres escalones que conducen a la habitación. Mi habitación está pasando la sala, por un pasillo, del lado opuesto de la casa. Mi puerta está apenas entreabierta, no lo veo, pero me imagino que tiene puesto el pantalón del pijama a rayas azules y blancas y la musculosa blanca. Grita mi nombre, aunque en realidad no grita, sólo habla en voz bastante alta para que yo lo oiga.

—¡Uchenna! —dice.

Yo acabo de terminar de bañarme. He tirado la toalla sobre la cama y estoy sacándole el envoltorio plástico a una

toallita íntima, a punto de colocármela en la ropa interior. Son las diez de la noche pasadas; a esta hora él debería estar durmiendo.

Miro hacia la puerta y se me ocurre que estoy totalmente desnuda y que él podría, en ese mismo momento, estar viniendo despacio hasta aquí. De modo que le contesto con un grito, no del todo un grito, sólo lo bastante alto para que me oiga.

–No estoy vestida –digo–. No puedo salir ahora mismo.

Su respuesta llega al instante, sin siquiera un momento de vacilación.

–No te atrevas a hablarme mal –grita–. ¡No te atrevas! –Luego–: ¡Si sabes lo que te conviene, más vale que te pongas la ropa y me traigas un vaso de agua! –Se aclara la garganta sonoramente y agrega–: Si no...

Por un momento, quiero darle una explicación. Quiero decirle que no debería enojarse conmigo, porque no tuve ninguna intención de faltarle el respeto. Pero antes que pueda abrir la boca, oigo sus pasos alejándose y luego oigo un portazo en su habitación.

Me siento en la cama, con la toallita íntima en la mano, imaginándome mariposas coloridas, mariposas transformadas que llenan todo el espacio vacío de mi habitación. Me imagino en muchas de ellas tumores, y metamorfosis espantosas en cada tumor que veo, de modo que al final las mariposas enfermas casi no se pueden separar de las sanas. Me estremezco. Siento gotear sangre desde mi interior. Me imagino que está manchando la sábana amarilla sobre la que estoy sentada. Pero no hago nada por impedir que se manche.

Al día siguiente, hago los bolsos y me preparo para irme. Mamá está parada en el vano de la puerta y me observa doblar las blusas, me observa colocarlas en la valija.

–Todavía te necesito aquí –dice. Le sale seco, monótono–. No veo por qué te vas tan de repente.

Coloco en la valija la blusa que tengo en las manos. Me doy vuelta para quedar de frente a ella, mirándola directo a los ojos. Digo:

–Eres una madre emocionalmente abusadora cuya mayor función en mi vida ha sido perpetuar el abuso de tu marido. Siempre se trató y se tratará de él. De no hacerlo enojar, de cuidarlo, de darle comida así y asá. Él va a ser siempre tu prioridad número uno. Así que, como ves, no tengo nada que hacer aquí.

Me sorprendo a mí misma, porque no es que antes haya pensado algo de esto alguna vez. También sorprendo a Mamá.

–Cállate –dice–. ¡No digas semejantes tonterías!

Pero yo insisto.

–No, Mamá –digo–. Es la pura verdad. Quiero decir exactamente todo lo que dije. Complacer a una persona abusadora es una cosa, pero obligar a otras personas a hacer lo mismo, cualquiera sea la razón, es una forma de abuso.

Se lleva una mano a la cara, se tapa los ojos.

–¿Me acusas de ser emocionalmente abusadora? –pregunta. Su voz es suave, como si estuviera implorando, como si esperase que yo cambiara de opinión y ofreciera un veredicto distinto con respecto a ella.

Yo la miro, tan sólo la miro. No digo nada.

—¿Yo? —empieza de nuevo, con la voz quebrada—. ¿De veras piensas que he sido emocionalmente abusadora contigo?

—Sí, Mamá —digo yo. Es entonces que sus hombros empiezan a sacudirse. Sé que está llorando, que lo que dije la hiere de verdad.

—¿Yo? —pregunta una última vez. Masculla algo y en medio del lloriqueo me parece oírla decir algo sobre que todo en la vida es sacrificio.

Ahora entra de veras en el llanto, sus hombros suben y bajan, su respiración se detiene y se reanuda, se detiene y se reanuda. Yo la miro, me da lástima, y algo en mí quiere gozar de este momento. Algo en mí quiere sonreír y decir: “Ahora sientes lo que siento yo”. Pero entonces vuelvo a mirarla. Y ahora me da más lástima incluso que todas las veces en que Papá le pegaba o le gritaba. Más lástima incluso que con el ojo negro en Boston. Se me ocurre que ahora soy yo quien la hace sentir de esa manera. Y me doy cuenta de que no es para nada algo por lo que sonreírse.

—De todas maneras, él ya volvió a la normalidad —digo—. La verdad es que ya no me necesitas más.

Ella menea la cabeza, me dice que sí me necesita. Me necesita más de lo que puedo imaginarme, dice. Lloro con fuerza y le tiembla la voz, pero yo no dejo que las lágrimas o el temblor me hagan tambalear. En cambio, me quedo ahí parada, como un robot; y mientras observo la continuidad de sus sollozos, empiezo a sentir que me he sacado algo de encima, algo a la vez pesado y liviano. Ella me ruega que me quede, pero yo apenas oigo sus palabras. En cambio, me

imagino que esa cosa que estaba en mí se aleja revoloteando.

Él sale del dormitorio cuando estoy a punto de bajar por la escalera con mi equipaje en dirección a la puerta del frente. Finjo no verlo.

Cuando voy por la mitad de la escalera, él dice:

–Una vez que te vayas, no pienses que puedes volver. No eres bienvenida aquí excepto que te lo digamos.

Desciendo el resto de la escalera. Y pienso que algún día, Dios mediante, voy a tener un marido y por lo menos un hijo o una hija. Y lo más probable es que mi marido y yo no estemos siempre de acuerdo. Así que quizás a veces me voy a descubrir gritándole, porque, después de todo, voy a quererlo mucho. Sin embargo, no voy a quererlo tanto como a mi hija o hijo.

Aferro el picaporte y abro la puerta. Afuera el cielo está azul y blanco. Siento una brisa suave y siento el calor del sol en la piel.

–¿Me oyes? –pregunta Papá cuando estoy saliendo–. No pienses que puedes volver a poner un pie aquí sin mi permiso. ¿Me entiendes?

Me doy vuelta en su dirección y asiento, un asentimiento lento y melancólico. Y me pregunto si sabrá siquiera por qué me estoy yendo.